

LA SOCIEDAD POR
LA PRESERVACION

DE LOS
KAIJU

**JOHN
SCALZI**

AUTOR BEST SELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

«John Scalzi es el autor más divertido y accesible
de la ciencia ficción de hoy en día.» —Joe Hill

**LA SOCIEDAD POR
LA PRESERVACIÓN**

**DE LOS
KAIJU**

**JOHN
SCALZI**

minotauro

La Sociedad por la Preservación de los Kaiju

Publicado originalmente con el título *The Kaiju Preservation Society*

© 2022 by John Scalzi

© Traducción de Gemma Benavent

Tor® es una marca registrada de Macmillan Publishing Group, LLC.

Fotografías de cubierta de Hanna Vendepää y Shutterstock.com

Diseño de cubierta de Peter Lutjen

Cubierta de TOR® Tom Doherty Associates

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1479-0

Depósito legal: B. 22.157-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

CAPÍTULO 1

—¡Jamie Gray! —Rob Sanders asomó la cabeza por la puerta de su despacho y me saludó con una sonrisa—. Baja. Acabemos con esto.

También con una sonrisa, me levanté de mi cubículo y tomé la tableta en la que había tomado notas. Miré a Qanisha Williams, que me dio un rápido choque de puños.

—Déjalo atónito —dijo.

—Patidifuso —respondí, y me adentré en la oficina del director general. Era el día de mi evaluación de rendimiento y, no voy a mentir, iba a bordarla.

Rob Sanders me dio la bienvenida y me hizo un gesto para que avanzara hasta su «rincón de conversar», como le gustaba llamarlo, que consistía en cuatro pufs enormes de colores primarios colocados alrededor de una mesa baja de esas que tienen una cuenta magnética que arrastra arena de un color blanco cegador bajo el cristal al tiempo que traza patrones geométricos. En ese momento, dibujaba un patrón de remolinos. Escogí el puf rojo y me hundí en él de una forma algo extraña. La tableta se me resbaló de la mano y la atrapé antes de que se escurriera hacia el suelo. Miré a Sanders, que seguía de pie, y sonreí. Me devolvió el gesto, le dio la vuelta a una silla de escritorio y se reclinó en ella con los brazos cruzados a la espalda antes de mirarme.

«Oh, ya veo. Un movimiento de poder de director general. Muy bonito», pensé. Entendía cómo funcionaba el ego de los CEO y estaba preparado para superar a este. Había ido a que Rob evaluara mi rendimiento de los últimos seis meses y, como he dicho antes, me disponía a dejarlo atónito.

—¿Estás cómodo? —me preguntó.

—Muchísimo —dije. De la forma más discreta posible, ajusté mi centro de gravedad para no quedarme al borde del asiento.

—Bien. ¿Cuánto tiempo llevas en fűdműd, Jamie?

—Seis meses.

—¿Y qué opinas de tu estancia aquí?

—Me alegro de que lo preguntes, Rob. Ha sido fantástica. Y, de hecho... —Le mostré la tableta—, me gustaría aprovechar parte de la sesión para hablar de cómo creo que podríamos mejorar, no solo la aplicación de fűdműd, sino también la relación con los restaurantes, el personal de reparto y los usuarios. Ya estamos en el 2020, y el sector de las aplicaciones de comida para llevar ha madurado mucho. De verdad pienso que debemos darlo todo y diferenciarnos de la competencia si queremos rivalizar con Grubhub, Uber Eats y todas las demás aplicaciones tanto en la ciudad de Nueva York como fuera de ella.

—¿Así que opinas que podemos mejorar?

—Por supuesto. —Traté de inclinarme hacia delante en el puf, pero solo conseguí hundir más el trasero en el hueco. Me resigné y me limité a señalar la tableta—. Bueno, supongo que habrás oído hablar de la covid-19.

—Sí —admitió Rob.

—Creo que es más que evidente que nos acercamos a un confinamiento. Aquí en la ciudad, significará que la gente pedirá comida para llevar más de lo habitual. Pero también indica que los restaurantes se verán afectados porque no podrán servir en mesa. Si fűdműd estuviera dispuesta a reducir nuestros honorarios a cambio de una lista de clientes exclusivos y un servicio de reparto, haríamos buenas migas con los dueños de los restaurantes y les sacaríamos ventaja a las otras aplicaciones.

—Quieres que reduzcamos nuestros honorarios.

—Sí.

—Reducir nuestros ingresos durante una posible pandemia.

—¡No! Ves, ahí está el tema. Si somos rápidos y cautivamos, si me permites la gracia, a los restaurantes más populares, nuestros ingresos aumentarán porque el tráfico de pedidos también lo hará. Y no solo ocurrirá con los ingresos. Nuestro personal de reparto...

—Entregadores.
Cambié de postura en el puf.
—¿Qué?
—Entregadores. Así es como los llamaremos a partir de ahora. Inteligente, ¿verdad? Se me ha ocurrido a mí solo.
—Creía que lo había inventado Neal Stephenson.
—¿Quién?
—Es un escritor. Escribió *Snow Crash*.
—Y eso qué es, ¿una secuela de *Frozen*?
—En realidad, es un libro.
Rob hizo un gesto despectivo con la mano.
—Mientras no pertenezca a Disney, no nos demandarán por utilizarlo. ¿Qué decías?
—Veremos un repunte en nuestros, eh, *entregadores*. Podríamos pagarles más por las entregas, aunque no demasiado. —Vi cómo Rob fruncía el ceño—. Lo suficiente para diferenciarnos de las demás aplicaciones. En una economía colaborativa, un pequeño empujoncito puede ser de gran ayuda. De verdad pienso que podemos crear un sistema basado en la lealtad que se verá positivamente reflejado en el servicio, lo que será otro modo de diferenciarnos.
—Quieres competir en calidad, básicamente.
—¡Sí! —Estiré el brazo y me hundí más en el puf—. Quiero decir, ya somos mejores que las demás aplicaciones. Solo tenemos que asegurarnos el puesto.
—Lo que quieres decir es que nos costará un poco más de dinero, pero que valdrá la pena.
—Eso creo. Lo sé, increíble, ¿verdad? Pero esa es la clave. Estaremos donde el resto de los miembros del mundo de las aplicaciones de reparto no están. Y, para cuando se percaten de lo que estamos haciendo, seremos los dueños de la ciudad de Nueva York. Para empezar.
—Tienes muy buenas ideas, Jamie —dijo Rob—. No temes arriesgarte y llevar la voz cantante en la conversación.
Le dediqué una sonrisa radiante y bajé la tableta.
—Gracias, Rob. Creo que tienes razón. Corrí un riesgo al dejar el doctorado para venir a trabajar a fűdműd, ¿sabes? Mis amigos en

la Universidad de Chicago creían que me había vuelto loco por hacer las maletas y mudarme a Nueva York para trabajar en una *start-up*. Pero me parecía una buena idea. Creo que estoy marcando la diferencia en la forma en que la gente pide comida a domicilio.

—Me alegra escucharte decir eso. Porque el motivo por el que estamos aquí es para hablar de tu futuro en füdümüd. Queremos ver dónde te colocamos para que puedas desarrollar tu pasión de la mejor forma posible.

—Bueno, me gusta oírte decir eso, Rob. —Intenté moverme hacia delante de nuevo, fallé y decidí arriesgarme a realizar una pequeña flexión. Estiré el puf, de forma que estuviera menos doblado sobre mí mismo, pero la tableta se resbaló en el hueco que mi cuerpo había creado y me acabé sentando sobre ella, aunque decidí ignorarlo—. Dime, ¿cómo puedo servir a la empresa?

—Entregadorando.

Parpadeé.

—¿Cómo?

—Entregadorando —repitió Rob—. Eso es lo que hacen nuestros entregadores. Entregan, así que entregadorando.

—¿Es distinto a «repartir»?

—No, pero no podemos patentar «repartir».

Cambié de tema.

—Así que quieres que dirija las estrategias de reparto de füdümüd?

Rob negó con la cabeza.

—Creo que eso sería limitarte demasiado, ¿no lo crees?

—No lo entiendo.

—Lo que estoy diciendo, Jamie, es que füdümüd necesita a alguien como tú sobre el terreno. En las trincheras. Que nos proporcione información de la calle. —Hizo un gesto desde la ventana—. Real. Crudo. Llano. Como solo tú puedes hacerlo.

Me llevó un minuto asimilar sus palabras.

—Quieres que forme parte del personal de reparto de füdümüd.

—Quiero que seas un entregador.

—Eso ni siquiera es un puesto en la empresa.

—No significa que no sea importante, Jamie.

Traté de reajustar mi postura y volví a fallar.

—Espera, ¿qué está pasando aquí, Rob?

—¿A qué te refieres?

—Creía que esto iba a ser mi evaluación de rendimiento de los últimos seis meses.

Rob asintió.

—En cierto modo, lo es.

—Pero me estás diciendo que quieres que sea una persona de re...

—Entregador.

—... Lo que coño quieras llamarlo. No es ni un puesto en la empresa. Me estás despidiendo.

—No te estoy echando —me aseguró.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Te estoy ofreciendo la emocionante oportunidad de enriquecer la experiencia del trabajador de fűdműd de una forma totalmente distinta.

—Una forma que no me aporta beneficios ni me proporciona un seguro sanitario ni un salario.

Rob chasqueó la lengua ante mi respuesta.

—Sabes que eso no es cierto. Fűdműd tiene un acuerdo de reciprocidad con Duane Reade, que ofrece a nuestros entregadores hasta un diez por ciento de descuentos en productos sanitarios seleccionados.

—Sí, vale, hemos terminado —sentenció. Me levanté del puf, me resbalé, caí sobre la tableta y rompí la pantalla en el proceso—. Genial.

—No te preocupes por eso —dijo Rob, que señaló el aparato mientras me arrastraba fuera del asiento—. Es propiedad de la empresa. Déjala por ahí cuando te marches.

Le lancé la tableta y la atrapó.

—Eres un auténtico capullo —añadí—. Solo para que lo sepas.

—Te echaremos de menos en la familia de fűdműd, Jamie —dijo—. Pero recuerda que siempre habrá un hueco para ti como entregador. Lo prometo.

—No lo creo.

—Lo dejo a tu elección. —Señaló la puerta—. Qanisha ya tiene todo el papeleo listo para tu indemnización. Si sigues aquí en quin-

ce minutos, el equipo de seguridad del edificio te ayudará a encontrar la puerta. —Se levantó de la silla, caminó hacia el escritorio, depositó la tableta en una papelería y sacó el teléfono para hacer una llamada.

—Lo sabías —acusé a Qanisha mientras me acercaba a ella—. Lo sabías y me has deseado suerte de todas formas.

—Lo siento —dijo ella.

—Levanta el puño.

Lo hizo, confusa, y le di un ligero golpe.

—Ya está —comenté—. Retiro el choque de puños solidario de antes.

—Me parece justo. —Me tendió el papeleo para la indemnización—. Me han pedido que te informe de que te han abierto un perfil de entregador. —Pronunció «entregador» como si le doliera decirlo—. Ya sabes, por si acaso.

—Creo que preferiría morir.

—No vayas tan rápido, Jamie —me advirtió Qanisha—. El confinamiento se acerca, y nuestro descuento con Duane Reade ha subido al quince por ciento.

* * *

—Así que ese ha sido mi día —le conté a Brent, mi compañero de piso. Vivía en un cuarto piso sin ascensor patéticamente pequeño en Henry Street, que compartía con Brent, su novio Laertes y una extraña muy oportuna llamada Reba, a quien casi nunca veíamos. Si no hubiera sido porque dejaba largos pelos en la pared de la ducha a diario, habríamos pensado que no existía.

—Es duro —respondió Brent.

—Bombardea el sitio —dijo Laertes desde la habitación que compartía con Brent mientras jugaba a un videojuego.

—Nadie va a bombardear nada —exclamó Brent.

—Aún —replicó Laertes.

—No puedes responder a todos tus problemas con un bombardeo —dijo Brent.

—Tú no puedes —contestó Laertes.

—No vuelles el sitio por los aires —susurró Brent para que Laertes no lo escuchara.

—No lo haré —le prometí—. Pero es tentador.

—Así que, ¿estás buscando otro empleo?

—Sí, pero no tiene buena pinta —dije—. Toda Nueva York está en estado de emergencia. Todo está cerrando. Nadie está contratando y los trabajos que he encontrado no me ayudarán a pagar esto. —Hice un gesto hacia el cutre cuarto piso sin ascensor—. La buena noticia, si se le puede llamar así, es que mi indemnización por despido de fűdműd cubrirá mi parte del alquiler durante unos meses. Quizá me muera de hambre, pero no seré un sintecho, al menos, hasta agosto.

Brent parecía incómodo con mi respuesta.

—¿Qué? —dije.

Alcanzó el montón de correo de la mesa de la cocina a la que estábamos sentados y sacó un sobre en blanco.

—Supongo que no has visto esto.

Lo tomé y lo abrí. Dentro había diez billetes de cien dólares y una nota que decía: «A la mierda esta ciudad en pandemia. Me marchó. R.».

Miré hacia la habitación de Reba.

—¿Se ha marchado?

—Si consideramos que alguna vez estuvo aquí, sí.

—Es un fantasma con una tarjeta de crédito —exclamó Laertes desde la otra habitación.

—Bueno, genial —dije—. Al menos nos ha dado el dinero del alquiler del último mes. —Dejé el sobre, la nota y el dinero en la mesa y coloqué la cabeza entre las manos—. Esto es lo que pasa por no haberos incluido a ninguno de vosotros en el contrato. No os vayáis vosotros también, ¿vale?

—Bueno —dijo Brent—, sobre eso...

Lo miré a través de los dedos.

—No.

—Mira, Jai...

—No.

Brent alzó las manos en el aire.

—Mira, lo que ocurre es que...

—Nooooooooo —gimoteé, y dejé caer la cabeza sobre la mesa, contra la que me golpeé con fuerza.

—Montar un numerito no te ayudará —dijo Laertes desde el dormitorio.

—Tú quieres volarlo todo por los aires —le grité.

—Eso no es dramático, es una revolución —respondió.

Miré a Brent por encima del hombro.

—Por favor, dime que no vais a abandonarme —rogué.

—Trabajamos en el teatro —contestó Brent—. Y, como has dicho, van a cerrarlo todo. No tengo ahorros, y sabes que Laertes tampoco.

—Estoy totalmente arruinado —confirmó Laertes.

Brent puso una mueca de dolor y continuó.

—Si las cosas empeoran, y va a pasar, no podremos permitirnos quedarnos.

—¿Dónde iréis? —pregunté. Por lo que sabía, Brent no tenía familia.

—Nos quedaremos con los padres de Laertes en Boulder.

—Mi antigua habitación está como la dejé —dijo Laertes—. Hasta que la bombardee.

—Nada de bombardear —replicó Brent, aunque no del todo en serio. Los padres de Laertes son de esos que aparentan ser amables conservadores, pero que no desaprovecharían la oportunidad de insultar a Laertes, y eso desgastaría a cualquiera.

—Os quedáis —dije.

—De momento, nos quedamos —aceptó Brent—. Pero, si nos quedamos sin...

—Os quedáis —repetí con firmeza.

—Jamie, no te puedo pedir que lo hagas —añadió Brent.

—Yo puedo —dijo Laertes desde el dormitorio—. Que le den a Boulder.

—Jamie...

—Haremos que funcione. —Le sonreí a Brent y me encaminé a mi habitación, que tenía el tamaño de un sello postal, pero por lo menos estaba ventilada y el suelo chirriaba.

Me senté en mi horrible cama doble, suspiré, me acosté y miré al techo durante una hora larga. Entonces, suspiré de nuevo, me erguí y saqué el teléfono. Lo encendí.

La aplicación de fūdmūd me esperaba en la pantalla.

Solté un suspiro por tercera vez y la abrí.

Como me habían prometido, mi perfil de entregador estaba listo para usarlo.